

ANGUSTIA

POR MARCOS FELIU

Desalentado me guardo la clavija. Tras varios intentos me convencí de que aquella figura no era pitonable. ¿Debo intentar aquel paso en libre? Pues llevo muchos metros sin ningún seguro. Al otro extremo de la cuerda mi compañero me observa preocupado. Pero tampoco puedo descender, tengo que arriesgarme. Un solo metro de minúsculas e inestables presas para alcanzar un gran saliente que me permitirá llegar a terreno más acogedor. Avanzo centímetro a centímetro, el corazón me sale por la boca, a cada movimiento parece que me voy a despegar de la roca y precipitarme en el insondable abismo. ¡Oh alivio! Ya toco el saliente. Un poco más, coloco una mano encima, cargo el peso y se desprende... Roto el equilibrio empiezo a caer de costado, merced al desesperado instinto, la mano encuentra una gran presa que no podía ver y consigo mantenerme. Una vez repuesto del susto puedo iniciar una travesía hasta un sitio seguro.

¿Pero dónde se halla la maldita chimenea? ¿Nos habremos equivocado o el error estará en la reseña? Tras otro largo flanqueo que aumenta el desconcierto la vislumbramos. Está aún muy lejos y llevamos el horario muy retrasado. Llego al difícil inicio, me aseguro con un buen pitón, e inicio el atlético forcejeo, consigo entrar. Pero la exclamación jubilosa se trueca por una maldición, con música de fondo del metálico tintineo que se pierde en el vacío. Una afilada laja ha cortado el aro portador del material. No tenemos ahora más que una sola clavija y la retirada resulta imposible. Hay que jugársela a cara o cruz.

La chimenea es anchísima y a cada instante me veo abajo. Llego al bloque que la interrumpe, paso extraordinariamente difícil, debajo de él coloco la clavija. Salgo lentamente, me echo totalmente hacia afuera consiguiendo poner las manos en la redondeada cúspide del bloque. La cuerda hace algo raro y al bajar la vista veo horrorizado cómo por ella se desliza la clavija que se ha salido. Estoy pataleando en el vacío, sudando por todos los poros, con la horrible sensación de tras la interrupción, paso extraordinariamente difícil, debajo de él coloco la clavija. Piro a chorros por las yemas de los dedos que van resbalando... Reuno mis últimas energías para sujetar los nervios. Cierro los ojos y sin saber cómo, me hallo sobre el bloque.

Pero al abrir los ojos me quedo estupefacto, en vez de seguir la chimenea tal como indica la guía, hay una interminable y lisa pared. Me ato a un saliente y la examino, está dominada por unos enormes bloques que forman grandes techos. De pronto tras unos sordos chasquidos, veo cómo las gigantescas piedras caen hacia mí, no tengo salvación.

Una idea salvadora cruza veloz por mi mente, frenéticamente empiezo a deshacer los nudos de la cuerda, los bloques se acercan, suelto el último. Por pelos logro zambullirme en el vacío sin que me alcancen. Caigo, caigo vertiginosamente en el vacío. ¿Qué solución tengo ahora? Al atravesar una nube intento nadar, pero no da resultado. Al otro lado puedo ver que voy a caer sobre apretado conjunto de afilados monolitos. Fin horrible ensartado por las espinas vengadoras de la montaña. Pero no, paso rozando afiladas agujas para sumergirme en un negro pozo. La nueva angustia de la absoluta oscuridad se suma a la de la caída interminable. Angustia infinita, total, aniquiladora... De improviso...

¡Catacroc... Había aterrizado entre mochilas y piolets, pero afortunadamente estaba indemne. Mis compañeros roncaban «beatíficamente» medio metro más arriba, en el rústico lecho de aquella cabaña de pastores. ¿Me habría empujado alguno o simplemente había caído al influjo de la terrible pesadilla?

Tenía la frente perlada del frío sudor, las sienes me ardían y la boca parecía puro estropajo. Busqué con ansia una cantimplora. El sueño había huido, encendí un cigarro. Las imágenes de la horrible pesadilla permanecían aún nítidas y me dieron lugar a un extraño pensamiento. ¿Fue esta pesadilla la suma final de una serie de ratos angustiosos, almacenados en el subconsciente? Inmediatamente rechacé la idea con ardiente convicción. Sería más probablemente un efecto del traidor sol de Marzo, después de un día de escalada por la blanca montaña, máxime considerando que había perdido el gorro.

Pues en contra de lo que puedan creer los profanos, los momentos angustiosos, prácticamente no existen en la práctica del montañismo difícil, cuando este se hace con la debida preparación técnica. Sino que por el contrario, se goza más ampliamente de la montaña, se aprende a conocerla y amarla más. Es un profundo placer espiritual, sólo los que lo practican saben de aquella paz profunda tras la superación de unas dificultades, que planteaban dubitosa incógnita. Aquel vencer o perder del que carecen las cumbres sin dificultad o conocidas. Y que hace mucho más fascinante la consecución de la cumbre. Ya que no es simplemente una búsqueda de la dificultad por la misma dificultad, quien piense tal andará errado. Pues cierto es que existe un tipo de escalador exclusivo servidor de la técnica, buscador de sensacionalismos, que parece ignorar la Montaña y buscar solamente la gloria y el «récord» de la dificultad.

Sin embargo el auténtico amante de la Montaña buscará las vías más elegantes y airoas que conduzcan a las cumbres por los lugares más bellos, pero sin rechazar las dificultades que serán como joyas que jalonarán el camino de emociones placenteras. Y después para el descenso la vía normal será un descansado premio para los que han sabido escoger la mejor de la Montaña.